

El "Aborto criminal"

de Ignacio F. Iquino

CUANDO un hombre consigue demostrar que «quien mal anda mal acaba» y que «dime con quién andas y te diré quién eres» no tiene nada de sorprendente que se conceda a su película el Premio del Sindicato Nacional del Espectáculo y la calificación de «interés especial». Este es el caso de don Ignacio F. Iquino, el autor y director de «Aborto criminal». Contaré la película para que se vea su interés no ya especial, sino especialísimo. Mediante una técnica que podríamos llamar «de convergencia», una serie de personajes sin relación entre sí quedan unidos por un generalizado y universal aborto que se acompaña de otros innumerables y horribles crímenes, en una «valiente» escenificación del Código Penal. La acción conduce a la postre, claro está, a un no menos generalizado y universal arrepentimiento, pero mientras dura la película, el sobrecogido espectador no tiene más horizonte que el aborto y sus abominables secuelas, y le parece como si toda la sociedad se hubiese decidido a abortar. Todo ello, como dice el cartel anunciador en grandes caracteres, «con música de Juan Sebastián Bach».

«Qué pena de juventud», decía una señora que estaba sentada detrás de mí. En la primera escena aparece una pandilla de jóvenes vestidos a la moderna usanza que, por sus excesos indumentarios, se ve en seguida que van a terminar mal, así van ellos de procaces y ellas de descocadas. Y sí. Nada más empezar, un coche se despeña por un acantilado, arrastrando al fondo del mar a su joven conductor. En el diálogo que sigue descubrimos que ha sido empujado por otro coche conducido por Jorge, en lo que no queda claro si ha sido un asesinato o un accidente. Lo que sí queda claro es que Jorge odiaba al conductor muerto porque éste obtenía frecuentemente los favores de la que parece ser la estrella de la pandilla, Menchu, una muchacha de clase alta —luego habremos de ver el jardín con piscina de la casa donde vive—, personificación de la chica moderna, según puede apreciarse en su escotado vestido y en la expresión cínica y desafiante de su rostro. Iquino desprecia temas —tiene tanto que contar!— y no vuelve a acordarse del conductor muerto. Pero

el espectador recibe con esta escena una primera lección al comprobar que vida tan desahogada como la que muestran llevar estos jóvenes no puede conducir a nada bueno. El cinismo juvenil de Menchu se plasma inmediatamente en pantalla, pues, dejando al muerto en el fondo del mar y a Jorge frustrado en sus deseos de poseerla, se va a un motel de la carretera con otro compañero para satisfacer sus desordenados apetitos. En tan delicada situación la sorprende el joven inspector Rolán, papel que interpreta el

estelar Máximo Valverde, en su investigación sobre el accidente. La acción cambia entonces, y vemos una empinada y peligrosa escalera por la cual baja la no menos estelar Emma Cohen en una dramática secuencia en que va dando tumbos y traspies, con peligro de caer al fondo de la escalera, con las piernas ensangrentadas y en un estado de sobreexcitación que da a entender que le ocurre algo muy grave. Para subrayar esta situación escuchamos entonces los compases de la «Tocata y fuga» de Bach, que cons-

tituirán en lo sucesivo el obligado acompañamiento de las escenas trágicas interpretadas por la señorita Cohen. Ana, que tal es el nombre del personaje que ella interpreta, sale a la calle después del angustioso descenso, y cae extenuada delante de un bar en el momento en que acierta a salir de él otro de los personajes de esta edificante historia: «El Guapo», hombre de mal vivir que obtiene sus ingresos de las mujeres. Ante la sospecha de que «El Guapo» haya apuñalado a Ana al pasar junto a ella, cosa que alguna transeúnte dice haber visto, llega el inspector Rolán con su gente y con una ambulancia y se lleva a Ana al hospital, no sin antes declarar ante los curiosos que se agolpan en el lugar del suceso que Ana no ha sido apuñalada, sino que se trata de un aborto.

En las pesadillas que Ana tiene en la cama del hospital vemos la escena de la provocación del aborto a manos de curanderas a sueldo cuyos rostros aparecen deformados por espejos cóncavos y en medio de desgarradores gritos. La llegada de los padres de Ana al establecimiento sanitario nos hace asistir a entrañables escenas. Se trata de buena gente: el padre, don Ramón, honrado empleado, por lo que el espectador deduce. La misma Ana, cuya historia cuenta la madre, trabajaba con gran provecho en una tintorería, habiéndole sido confiada la máquina recién importada de lavado y planchado automático, prueba de suma confianza por parte de la empresa. La ola de inmoralidad, por tanto, que parece impregnar la vida social no se limita a afectar a la clase de los jóvenes ociosos como Menchu y sus compañeros, sino que mancha igualmente a las capas más sanas de la sociedad, como demuestra el caso de Ana. Lo que ha ocurrido es que un hombre a quien ahora vemos en moto ha engañado a Ana, llevándola contra su voluntad a una buhardilla donde, a los compases de la «Tocata y fuga», la deshonor, a pesar de haberle asegurado que lo único que quería era contemplar las estrellas. Tan reprochable conducta le vale ahora, después del aborto, ser perseguido y finalmente detenido por el inspector Rolán. Al cual el atribulado novio confiesa la verdad: a saber, que él es casado y que su mujer está parálitica, cir-





Arriba e izquierda: Dos escenas del film de Iquino, en las que aparecen, entre otros, Emma Cohen, Máximo Valverde y Simón Andréu.

cunstancia por la cual, falto de amor y cariño, se decidió a dar este paso. También asistimos, en escenas retrospectivas, al momento en que Ana, junto con su madre, descubre, por una carta que el novio le ha escrito a la chica, el estado civil de éste, lo que decide a la chica a buscar a alguien que sepa practicar un aborto. No pudiendo aconsejarse con su padre, que no sabe nada del caso, aunque la madre está enterada, Ana recurre a su tío, que, como cobrador de una sociedad sanitaria que es, sabe de estas cosas. «¿Cómo te has dejado engatusar?», le pregunta a su sobrina Eusebio Ribera. La escena es muy fuerte, porque la señorita Cohen pone una cara dramática al decirle a su tío que el hombre que la ha engañado es casado. De la calaña de Eusebio Ribera tenemos noticia cuando le vemos rerozando, a pesar de ser ya hombre de edad madura, con una muchacha que no es otra que la hermana de «El Guapo». Así se va estructurando la historia. En seguida aparece la curandera, una mujer de extremada fealdad, quien, ayudada por su hermana, que lleva gafas, cobra veinte mil pesetas por practicar el aborto.

Pero la película no ha hecho más que empezar. Termina la his-

toria de Ana con una humanísima escena en que el padre, don Ramón, y la madre contemplan el cuerpo sin vida de la pobre muchacha al pie de la ventana del cuarto del sanatorio. La señorita Cohen, ex «musa underground», se ha lucido, como se ve, en esta película. Se dice incluso que en algunas ciudades «de provincias» ha ido personalmente a presentarla. Pero hay más abortos, y no es Ana la única que busca su remedio en tan criminal práctica. Aparece ahora Rosa, la mujer de un marino mercante que se pasa la vida viajando. Rosa tiene relaciones ilícitas con el hijo del propietario de los barcos que manda su marido. Y, mira lo que son las cosas, se queda de él embarazada. El marido lo descubre, aunque no sabe quién es el padre, y decide también practicar el aborto, lo que supone otras veinte mil pesetas para las curanderas. Finalmente, una casualidad quiere que el sufrido Diego, el marino mercante, descubra al fin que Rosa, su mujer, le engaña nada menos que con su íntimo amigo Giovanni, el hijo de su jefe, el cual da señas de su carácter antisocial al pronunciar frases como «las detestables costumbres de la burguesía». Estando el buen Diego en casa del naviero, en cuyo come-

dor, como indicio de la honradez y bondad de la familia, hay un fresco que representa el Pilar de Zaragoza. Diego discute con Giovanni y cogiendo un pesado candelabro de mármol le asenta un golpe mortal en la cabeza. La noticia del crimen llega al inspector Rolán por un mensaje telefónico a su coche patrulla en el que le dicen: «Ve a la calle tal y cual. Ha sido asesinado Giovanni Argüello, el hijo del conocido armador».

Aparte de Ana y de Rosa, acude también a la curandera la moderna y «fenomenal» Menchu, a pesar de su experiencia. Una amiga de su madre, y costurera de la casa, le proporciona la dirección de la curandera, la cual pide a la multimillonaria señora, que es Carmen de Lirio, cuarenta mil pesetas. Vemos que la costurera, a pesar de su amistad con Carmen de Lirio, se queda con la mitad del dinero, lo que demuestra que no te puedes fiar ni de tu mejor amiga. También la novia de «El Guapo» se dispone a abortar por exigencias de éste. Ella es mujer de la vida y él no está seguro de que el hijo sea suyo, a pesar de que ella lo asegura. Pero al final, cuando ya estamos contemplando la escena del raspado, ella se arrepiente y se marcha, por donde comprendemos que, a veces, la gente más mala es mejor que los considerados buenos. El inspector Rolán tiene materia para su investigación y comprueba la culpabilidad de Eusebio Ribera, el tío de Ana, cuando lo enfrenta a un careo con «El Guapo», el cual le dice que le odia. La película es muy realista, porque «El Guapo» le dice a Eusebio frases que revelan claramente su condición, como por ejemplo: «Tú le quisiste tocar el culo a mi hermana» y otras expresiones. Se descubre a la curandera por un hábil interrogatorio, y ésta hace en nuestra presencia una exhaustiva lista de sus clientes. No sé si he olvidado en mi relato algún aborto. Lo cierto es que en la sala del Tribunal que juzga a los que han incurrido en este delito aparecen numerosas personas que no conocíamos. Todas ellas, con excepción de la curandera y el redomado «Guapo», lloran arrepentidos. Menchu, que en el curso de la acción se había prendado del inspector Rolán, a pesar de que le llamaba «poli» y le hablaba desafiadamente, tiene con él una conversación telefónica en la que se barruntan unas futuras relaciones cuando ella salga de la cárcel. Así termina la ejemplar, valiente, edificante, constructiva y «especialmente interesante» película de Ignacio F. Iquino. ■

LUIS CARANDELL.

SELECCIONES DEL SEPTIMO CIRCULO

El libro policíaco de bolsillo

- 1/ James Hadley Chase
Fruto prohibido
- 2/ Ross Macdonald
La mirada del adiós
- 3/ John Dickson Carr
Las gafas negras
- 4/ Hillary Waugh
La joven desaparecida
- 5/ James M. Cain
El cartero llama dos veces
- 6/ Margaret Millar
Pagarás con maldad
- 7/ Raymond Postgate
Veredicto de doce
- 8/ John Bingham
Un fragmento de miedo
- 9/ William March
Simiente Perversa

60 pesetas volumen

ALIANZA EMECE